

EL BURRO APALEADO

El invierno me cubre de nieve las orejas
 y pienso que en estío se llenarán de abejas.
 ... Yo voy trota que trota, y trotando, trotando,
 me asfixio de repente, y es porque voy tragando
 la nube de petróleo de algún auto deforme.
 Después viene un caballo estúpido y enorme.
 ¡Oh, qué bien se respira dentro de la ciudad!
 ¿Qué jardín de las mil una noche es éste
 que huele a delicioso bálsamo de Bagdad

y donde hay un poeta ornado con agreste
 corona y de palabra afectuosa y sencilla?
 ¡Ah, me ofreciera el agua que de su fuente brota!
 ¿Es un sueño? Se acerca con un cubo que brilla.
 ... Pero trotar es fuerza, y voy trota que trota...
 ¡Oh, fuente cuyos bordes adornados con los
 cerezos florecidos mi deseo divisa!
 Yo pienso imaginarme que voy bebiendo brisa,
 y será el espejismo absoluto de Dios.
 ... De pronto, el amo empuña una estaca con dos
 manos, y en mis espaldas, supurantes, golpea
 una llaga infinita que ríe y azulera.

EL BURRO DE SANCHO PANZA

EL BURRO DE SANCHO PANZA

Soy el enalbardado burro de Sancho Panza.
 Jamás burro ninguno gozó mejor andanza
 que yo, bien paseado por Sancho y Don Quijote.
 ¿Quién sabe nunca a dónde camina al estricote
 con sus monomanías un par de mentecatos,
 de que uno va con botas y el otro sin zapatos?
 Errando a la ventura, no supe en la mañana
 dónde pasar la noche. A veces el tomillo
 de una riente sierra donde una fuente mana
 perfumaba piadoso mis zuecos de aldeanillo:

a veces, en la sucia cuadra de algún ventero
de ronca Maritornes cerca del muletero,
turba de encantadores me despierta y asombra;
son negros y pasean cirios entre la sombra...
La verdad es que paso mil sustos, y por eso
he caído en la cuenta, a pesar de mis pocos
alcances de borrico, que esta yunta de locos
ha de acabar un día por trastornarme el seso.
Pienso dejar por siempre su vida desastrada
y he de llevar la mía cuerda y equilibrada.
Quiero ganar un día la insula que, a fin
de entregarla a los burros, tiene el sabio Merlín.
Existe. La describe en frases terminantes
un romancero de caballeros errantes.
Mi amo y Don Quijote—el asunto me choca—
no le dan importancia ni dicen esta boca
es mía, mientras presa de impulsos repentinos,
creyéndolos ciudades, atacan los molinos.
De la falsa Quimera por siempre me desligo.
Voy al país do moran, hechos ya prisioneros,
los verdugos que Sancho titula molineros.
¡Qué alaridos extraños lanzan ante el castigo
de cargarles el lomo con los sacos de trigo!
Y, hecho ya molinero, los oye rebuznar
el asno, sobre el heno que les hace tragar.

EL ASNO DEL JARDINERO

Huelo a tierra y cebolla, a lirio y a jazmín.
Yo conduzco legumbres, y soy como un jardín.
Si un melón llevo a cuestras, parezco un oriental
que se echa a las espaldas un odre de cristal.
Mi matinal saludo doy a todas las cosas:
al rocío, los mimbres, las bengalinas rosas,
al muchacho que caza con red los pajarillos,
a obreros sin trabajo, al que afila cuchillos,
a las ágiles piernas de rolliza lechera,
al labrador que pasa entre la sementera.

Mal comprendo la tierra de revueltos paisajes.
 Me gusta más el cielo donde hay sólo celajes.
 ... Pero en vano es que forje planes desesperados
 por escalar el cielo con mis cascos gastados;
 y cada vez que caigo, la pezuña se aferra
 con invisibles grillos afianzada a la tierra.

EL BURRO SABIO

Yo soy el burro sabio, el que hace que se asombre
 la Academia. Yo sé calcular como un hombre.
 Con la fusta en la mano, me hace el amo trepar
 en un viejo tonel donde he de equilibrar
 el cuerpo. Los aplausos resuenan de improviso;
 luego bajo y me pongo a bailar; es preciso.
 —¿En dónde está París?—me dicen—. Contestad.
 Medito un solo instante y en la carta de Francia
 con la pezuña un punto señalo con jactancia.

—Asno, pase revista por esta sociedad,
 mire a los circunstantes sin tardar un minuto,
 alargue la cabeza y señale al más bruto.
 ... Obedezco y acierto, tengo seguridad...
 Cuando me enseñan algo, pienso con aire grave
 en el hombre que enseña y en lo poco que sabe.
 Y cuando se terminan las farsas, y tras ellas
 me duermo a la intemperie, me asalta y me acribilla
 la obsesión de la ciencia como una pesadilla...
 y sueño que me pongo a contar las estrellas.

EL BURRO SABIO

Yo soy el burro sabio, el que hace que se aprende
 la Academia. Yo se calcula como un hombre.
 Con la falta de la mano, me hace el más capaz
 en un viejo torso, donde se le equilibra
 el cuerpo. Los espíritus se mueven de la provisión
 luego bajo y me pongo a contar las estrellas.
 —En dónde está la vida— me dicen— Contentad
 Meñito un solo instante y en la cura de la ciencia
 con la percha en punto a sólo cog facturas.

en mi tomo tu dulce Beatriz se ha cantado
 riendo cual marzano que admira un arco iris.
 Tú, por esbata contámpre— ¡jamás lo ha sacado—
 ponas en el infierno a los que no pudieran
 cantar himnos de culpa en el supremo tránsito.
 Sin embargo, te ama tal como eres; dice
 que sus ojos, flujos teólogos, han llevado
 sobre el duro destino de la pobre Francesca,
 y que, al saberlo, tristes víctimas de un desafío,
 encontrando el infierno desahogado infierno
 para el deculo leve que nevó de sus labios...
 ¿Qué más a hacer conmigo, oh, Dante, cuando muero?

EL ASNO DE BEATRIZ

Para llevarlo a
 Dios me cogió, y el día de su muerte, ¿quién supo
 que mis miradas, al par que la tierra, también miran
 Dante, como que Dios se regresó al cielo.

Alighieri, a quien una luz extraña hizo un día
 bajar los águilinos ojos, yo soy un asno,
 y pienso que el buen Dios me ha de dejar que emprenda
 el camino del cielo con suave y lento paso.
 Tengo un trozo de menos en una oreja rota
 y acaricio el propósito de encontrar el pedazo.
 Baja piadoso, al verme, el pliegue de tu boca
 que un Amor infinito distendió como un arco.
 Soy el burro que lleva centeno y aceitunas;

en mi lomo tu dulce Beatriz se ha sentado
 riendo cual manzano que admira un arco-iris.
 Tú, por sabia costumbre—Jammes lo ha asegurado—,
 pones en el infierno a los que no pudieron
 estar limpios de culpa en el supremo tránsito.
 Sin embargo, te ama tal como eres; dice
 que tus ojos, ilustre teólogo, han llorado
 sobre el duro destino de la pobre Francesca,
 y que, al saberlo, fuiste víctima de un desmayo,
 encontrando el infierno demasiado ardoroso
 para el ósculo leve que nevó de sus labios...
 ¿Qué irás a hacer conmigo, oh, Dante, cuando muera?
 Para llevarlo un día camino del Calvario,
 Dios me eligió, y el día de su muerte ¿quién supo
 que mis miembros, al par que la tierra, temblaron?
 Dante, creo que Dios ha regresado al cielo
 y he venido a decirte, humilde, que lo amo.
 Él no golpeó nunca mi cuerpo, y es seguro
 que no querrá tampoco echarme de su lado.
 Piensa, cuando la noche sobre Florencia cae,
 de la ciudad nativa en el perfume vago,
 y en Beatriz, nimbada con estrellas, que posa
 sobre mi vieja piel el dulzor de su mano.

ASNILLO MENDICANTE...

Asnillo mendicante y gris, más arruinado
 que el calesín que va detrás;
 ¡oh, tú que ya no puedes a fuerza de cansado;
 no tienes suerte, es la verdad!

¿Qué importa un puñetazo de más? Se te castiga
 no por tu lenta condición;
 porque eres tú quien eres, el amo te prodiga
 puntapiés en el corazón.

Hermano, vendrá el día de beber en la fuente
del paraíso celestial,
fresca como la sombra del aliso, en la ardiente
irradiación canicular.

Reiremos del que tanto nos motejó, de todo
el que no sabe ni sabrá
que es necesario genio para de cierto modo
poder cantar y rebuznar.

Asno tan finamente poeta, no te asombres
si aun en el cielo del buen Dios
siguen siendo tan bestias como enantes los hombres,
y también tú, y también yo.

EL COMEDOR

Tengo un antiguo armario de maderas sombrías
que ha escuchado las voces de mis difuntas tías,
que la voz de mi padre
y la voz de mi abuelo oyó como testigo.
Él guarda sus memorias como sincero amigo,
y se engaña quien juzgue que siempre se halla mudo,
pues que yo hablo con él y él conversa conmigo.

Tengo pegado al muro un cuco de madera
que ha mucho que no canta su canción lastimera.

La causa del silencio no se la he preguntado.
Llego a pensar a veces que la voz se ha quebrado
en sus ruedas ocultas y resortes cubiertos
así como se rompen las voces de los muertos.

Tengo también un viejo aparador cerrado
y que, al abrirlo, esparce olor a confituras,
a cera, panecillos, carne y peras maduras.
Es un sirviente probo
cuya fidelidad predica contra el robo.

Vienen hombres, mujeres, numerosas visitas
que no creen en esas invisibles almitas;
y yo callo y sonrío de que me juzguen solo
cuando algún conocido, con su gesto cordial,
entra y me dice: «¡Hola!, señor Jammes, ¿qué tal?»

EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

Ayer, en el silencio de la noche, cantaba,
cantaba no se dónde el grillo del fogón;
el diminuto canto las sombras ensanchaba
mientras iba alargándose la llama del velón.

Me he acostado de nuevo, con la muerte en el alma,
pensando que el destino es hoy como fué ayer,
que no vendrán ya nunca la dicha ni la calma,
y que en la voz del grillo canta mi propio sér.

Para aliviar tu duelo, oye la serenata,
 ponte a oír, hijo mío, el nocturno cri-cri;
 ¿no sientes cómo crece y cómo se dilata
 del corazón doliente por el valle sin fin?

Todo calla: tristezas, desencantos... Persiste
 del grillo panadero tan sólo la canción.
 ¿Eleva a Dios, acaso, una plegaria triste,
 y con el grillo charla a solas el buen Dios?

Escucha lo que dice. Habla de la marmita
 quebrada en el rescoldo, y del moreno pan;
 de la mujer casera, del perro que dormita,
 de quién sabe qué cosas de tristeza y de paz.

Él dice que es amigo. Cuenta que, el otro día,
 su prometida al templo llevó mi arrendador,
 y que, cual un cerezo en frutos, la alquería
 estuvo en esa hora palpitante de amor.

Dice que los esposos me han hecho una visita,
 y que, graves y lentos, me fueron a enseñar
 la alcoba en que a sus anchas roncaba la hermanita
 de la recién casada, en el lecho nupcial.

Y concluyó la fiesta. Se van los invitados.
 La novia ocupa el sitio de la hermana menor.
 Llena la santa alcoba una paz sin cuidados.
 En el silencio, se aman el grillo y el reloj.

EMILE VERHAEREN

Y concipio la vida. No son las invitaciones
La novela o el libro de la historia
Luna la santa gloria que por sus cuidados
En el silencio amara el grito y el dolor.

Toda esta vida es un dolor. En el dolor
Del grito que se oye en el silencio
Dolor y dolor, dolor y dolor, dolor
Dolor y dolor, dolor y dolor, dolor.

Escucha lo que dice. Escucha lo que dice
Escucha lo que dice, y del silencio
De la mujer que se oye en el silencio
De la mujer que se oye en el silencio.

El dolor que se oye. Escucha lo que dice
Escucha lo que dice, y del silencio
Y que, cual un dolor, se oye en el silencio
Escucha lo que dice, y del silencio.

Dice que los hombres son como los niños
Y que, como los niños, se oye en el silencio
La vida que se oye en el silencio
De la vida que se oye en el silencio.

EMILE VERHAAREN

Escucha lo que dice. Escucha lo que dice
Escucha lo que dice, y del silencio
De la mujer que se oye en el silencio
De la mujer que se oye en el silencio.

El dolor que se oye. Escucha lo que dice
Escucha lo que dice, y del silencio
Y que, cual un dolor, se oye en el silencio
Escucha lo que dice, y del silencio.

Dice que los hombres son como los niños
Y que, como los niños, se oye en el silencio
La vida que se oye en el silencio
De la vida que se oye en el silencio.

EMILIE VERHAEREN

EL BARQUERO

Va remando a dos manos el barquero
en larga lucha contra las corrientes...
Lleva una verde caña entre los dientes.

Mas la que lo llamaba
allá, tras de las olas,
cada vez en más vaga lejanía,
retirarse entre brumas parecía.

Con sus abiertos ojos, las ventanas
y el reloj de la torre, contemplaron

su esfuerzo y su coraje,
 plegarse en dos el torso, y contraerse
 sus músculos en ímpetu salvaje.

Un remo se quebró súbitamente...
 Hacia la mar con sus pesadas ondas
 lo arrojó la corriente.

Aquella que de lejos lo llamaba
 entre brumas y vientos, parecía
 tender más triste los orantes brazos
 hacia el que no venía.

Con el restante remo
 se puso a trabajar en un supremo
 esfuerzo; mas fué tanto,
 que en el alma sintió fiebre y espanto.

El timón se rompió súbitamente...
 La ya inútil astilla hacia los mares
 arrojó la corriente.

Y sobre la ribera, las ventanas,
 con sus ojos enormes y febriles,
 y los cuadrantes de las torres, viudas

de milla en milla enhiestas a la vera
 de los ríos, miraban fijamente
 al hombre loco en su furor salvaje
 de prolongar el insensato viaje.

Aquella que de lejos lo llamaba,
 entre las nieblas sin cesar gritaba,
 la faz hórridamente dirigida
 hacia la inmensidad desconocida.

Cual si fuera de bronce, aquel barquero,
 firme ante el huracán sañudo y fiero,
 con el único remo entre las manos
 golpeando las ondas proseguía,
 y sus pupilas de mirar intenso,
 viejas y alucinadas,
 miraban la brillante lejanía
 desde donde surgiera
 la eterna voz bajo la racha fría.

Quebróse el otro remo de repente...
 Como una leve paja, hacia los mares
 lo arrojó la corriente.

El barquero dejó caer las manos;
 se desplomó sobre la barca, triste,

desfallecido por esfuerzos vanos,
 Un choque brusco hizo virar la nave,
 y volvió atrás los ojos... ¡Ni siquiera
 había abandonado la ribera!

Ventanas y cuadrantes,
 con beatíficos ojos deslumbrantes,
 la ruina de su afán fueron mirando;
 mas el viejo rival de las corrientes
 guardó tenaz, Dios sabe para cuándo,
 la misma verde caña entre los dientes.

EL ARBOL

Siempre solo,
 que el verano lo arrulle, que el invierno lo ultraje,
 ateride su tronco o en verdor su ramaje,
 al través de los días de saña y de ternura,
 él impone su vida enorme y soberana
 a la llanura.

Ve las mismas praderas hace cien y cien años
 y las mismas labores y los mismos rastros;

los ojos ya cerrados por la muerte, los ojos
de ancianos que se fueron,
fibra por fibra vieron
rugarse su corteza y anudarse sus ramas.

Él presidió tranquilo y fuerte sus trabajos;
sobre su pie velludo les dió lecho musgoso
donde abrigar la siesta bajo el sol ardoroso,
y brindó sombra pía
a los mozos de antaño que se amaron un día.

En vecinas aldeas, al rayar de la aurora,
se vaticina el tiempo según que canta o llora;
él conoce el enigma de las nubes en vuelo,
del sol que refunfuña tras el brumoso cielo;
es el pasado en pie sobre la vega triste,
y cualquiera que sea el recuerdo clavado
que en su seno persiste,
cuando termina enero
y la savia gloriosa circula y se derrama
en las yemas recientes, en el tronco, en la rama
—brazos que se retuercen, labios en crispatura—,
él arroja a los campos su gran grito que clama
a la vida futura.

Hebras de luz benigna y de lluvia clemente

préstanle ayuda y forman la trama del follaje,
y contrae sus nudos y alisa su ramaje
y alza al vencido cielo más enhiesta la frente;
tan a lo lejos hurgan sus raíces porosas
que agotan largo trecho las tierras pantanosas,
y se detiene a ratos para ver asombrado
aquel trabajo mudo, profundo, encarnizado.

Mas para desplegarse y reinar en su alteza,
¡oh, los crueles inviernos, oh, las batallas duras!,
las espadas del aire que rasgan la corteza,
el chocar de los cierzos, la rabiosa ventisca,
las escarchas que fingen ásperas limaduras,
el odio desatado, en la contienda brava,
los granizos del este y las nieves del norte,
el hielo blanco y triste cuyo diente se clava
hasta la albura, el noto que las ramas desfibra,
todo furor que tuerce, todo dolor que vibra,
sin que jamás pudiera
el fragor de la lucha apagar un instante
aquel anhelo insomne de su vida pujante
por alzarse más noble en cada primavera.

Cuando en octubre triunfa el oro en su follaje,
con paso largo aún, mas inseguro y lento,